



DIARIO DE INDIA

Crónica personal de febrero del 2004

Hora punta en Calcuta. Treinta mil vehículos tocando el claxon todos a la vez, apuntando hacia las cuatro direcciones del planeta, mezclados, abarrotados, casi rozando entre ellos, coraza contra coraza, paran sus motores casi simultáneamente.

Varios cuervos se posan literalmente sobre los coches y carromatos. Los rostros de sus conductores no se inmutan, solo paran el motor discretamente. Sus finas y tostadas manos no se mueven ni un ápice, sus ojos apuntan mucho más allá de su apreciado vehículo en busca de la causa del colapso. Algunos hombres abren la puerta, salen y se quedan impasibles de pie sobre los tres centímetros que les queda de calzada, con la barbilla en alto y la mirada fija en el infinito, un infinito gris, marrón, irrespirable, llamado Calcuta, el lugar donde Dios los trajo a nacer.

En las aceras, los bordes dinámicos y coloreados del colapso, cada lado de la gran calle, están igualmente abarrotadas de personas sin nada en las manos. Unos sentados e impasibles, otros andando o charlando, otros cosiendo, rascando hierros o cocinando, nadie parece llevar nada encima ni tener un propósito. Están. Viven. Sonríen levemente.

Es ya de noche pero todo parece un hervidero. Mi taxista pone el motor en marcha de nuevo, como todos los vehículos a su alrededor y, tocando la bocina sin cesar ni inmutarse, el apreciado hábito de todos los conductores en India, me conduce finalmente hasta un hotel desconocido, el lugar más sórdido si cabe de Calcuta.

En el inhóspito y desolado hotel, si es que puede llamarse eso, cuyo poco inspirado nombre por cierto era Marble Palace, nada me recuerda a casa. La deseada agua caliente sale constantemente fría del caño, el único fluorescente del techo parpadea tristemente, las sábanas perfectamente alisadas muestran varias zonas de color gris y marrón y la pequeña y única manta a cuadros, doblada eso sí a los pies de la cama, compruebo que tan solo me cubre medio cuerpo si no es que me encojo hasta llegar a la posición fetal. Mi cuerpo al fin se duerme mientras mi alma anhela el nuevo día.

Empiezo a encarar el objetivo de mi viaje. El edificio de la misión de la Madre Teresa de Calcuta pasa desapercibido entre los múltiples inmuebles desconchados y grises de una gran calle de la enorme ciudad. Entrando por el callejón contiguo, curiosamente esa era la puerta principal, observo que el interior de la misión está insólitamente limpio, con las paredes más o menos encaladas, repleto de flores naturales. Varias monjas vestidas con saris de color blanco y azul me dan la bienvenida y me indican suave y discretamente las formas de colaborar.

Ágiles y organizadas como hormigas me muestran un tablero lleno de papelitos de colores con nombres, clavados todos con una aguja al plafón de corcho. Allí pude ver la denominación en indi de los distintos centros donde acogen a los pobres y a los enfermos.

Supe que existía un lugar para los leprosos, Thitagar, que según dijeron estaba bastante lejos, Prendam, el de los hombres y las mujeres (por separado) con enfermedades infecciosas y mentales, Dayadam el hogar de los niños minusválidos, Sishubaba, el de los niños ya sanos y en adopción, Shantidam, el destinado a las mujeres enfermas y salidas de la cárcel, la mayor parte de ellas procedentes de la prostitución, y por último Kaligat, el lugar donde se acoge a los enfermos terminales, llamado por las hermanas “el moridero”.

Mi instinto escogió Kaligat para realizar mi servicio aquel primer día, no en balde había asistido a la muerte de varias personas durante mi vida. La hermana Carina me hizo el pase correspondiente, el papelito para ser admitida en el moridero una vez llegase allí. Como era el primer día, yo le presenté sencilla y discretamente mi trabajo profesional, mi posible aportación con la acupuntura, la Geocromoterapia y el masaje, y le ofrecí mi ayuda especializada en su misión por si se necesitaba. Sister Carina dijo que hiciera lo que pudiera que todo sería bienvenido y se dedicó a informar a otro voluntario australiano que también quería el pase de trabajo. Antes de marchar tuve una breve charla filosófica con sister Lumen, una pequeña monja americana que hablaba español y, comentando acerca de la pobreza, ella dijo una frase que me quedó gravada durante días: para Jesús, todos los seres humanos somos pobres. Me informé de qué autobús llegaba hasta Kaligat y me entretuve un poco charlando con varios voluntarios españoles y mejicanos que ya llevaban un tiempo allí.

La dinámica diaria de las hermanas de la caridad resultó bien curiosa para alguien como yo que siempre he estado alejada del catolicismo, aunque no del cristianismo; sin embargo me adapté a sus costumbres desde el primer momento. Cada día del mundo a las seis de la madrugada se celebra una misa con todas las novicias, las monjas de la comunidad, los curas de todos los países que vienen a menudo a la Misión de la Madre Teresa, misa a la que van también multitud de voluntarios y colaboradores que quieren asistir a la oración y al sacramento eucarístico. Desde luego yo asistí casi cada día, quería entrar de lleno en aquella corriente de energía. Luego, a las siete de la mañana, las monjas sirven a todo el mundo un té, un pequeño plátano y un trozo de pan de molde recién hecho. Después de haber desayunado sobriamente unas ciento cincuenta personas en el patio de la Mother House, los grupos salen a trabajar en las diferentes casas de acogida de pobres y enfermos.

Yo voy a Kaligat por primera vez y mi alma no siente ni extrañeza ni angustia ante los moribundos solitarios que sé que encontraré allí, aún sabiendo las tristes condiciones de higiene, austeridad y sordidez en la que sobreviven durante sus últimas horas de vida. Esa es su realidad, su país, su destino, su karma o, en definitiva, el proceso y la situación elegida por su alma.

Como si siempre hubiera estado allí, justo al entrar me lavo las manos, me pongo un delantal, como todos los voluntarios, unos guantes de goma, una mascarilla y me dispongo a observar y a recorrer cama por cama, persona por persona. Los comienzo a visitar sentándome a su lado en el camastro que los acoge a ras de suelo.

Comienza un juego de miradas entre el enfermo y yo. No nos conocemos mutuamente ni hablamos el mismo idioma. Algunos, muchos, ya no pueden ni hablar tampoco. Otros deliran; otros apenas ni abren los ojos y, si lo hacen, parece que no estén. No importa, el contacto se da, se da con las manos, con la caricia, con la comprensión silente de lo que está ocurriendo allí, el contacto es de alma a alma.

Las hermanas que dirigen el centro de moribundos están demasiado ocupadas como para que yo las moleste para pedirles un diagnóstico o que me expliquen al menos algunos síntomas de cada uno. Tampoco tienen ni una simple ficha, según me dijeron. Opto por el silencio, la observación profunda y la percepción directa. A algunos les tomo

las manos con mucha calidez, lo cual les parece sorprender, les tomo el pulso discretamente, observo su respiración, sus rigideces, sus hinchazones, y todo lo que me dice su mirada, que es mucho. Sentí que a tres mujeres les quedaba pocas horas de vida. Decidí que serían las primeras en atender.

Supe de inmediato que la acupuntura era completamente inútil ya para ellas, puesto que esta medicina trabaja y mueve la energía vital, y de eso ya casi no tenían. Tampoco existía posibilidad de curación, tampoco yo podría realizarles varias sesiones puesto que mi estancia era demasiado breve en Calcuta y, además, su decisión de morir ya estaba tomada. Tomé los arquetipos de color que sentí como prioritarios para cada una y se los proyecté suavemente con la luz del flash en los chakras a los que su estado de salud me permitía acceder. Tomé el aceite preparado y codificado de la Geocromoterapia y les hice un delicado masaje en las zonas que reclamaban ser tocadas por mis manos, en cada paciente diferentes.

Una de las voluntarias más jóvenes que acababa de conocer me dijo que no sabía muy bien cómo ayudar a aquellos enfermos terminales y me pidió que le enseñara a masajear a aquellas personas, muy débiles por cierto, y que le mostrara algunos puntos energéticos para poder presionar y mejorar su estado de salud. Eso luego me lo pidieron otras colaboradoras, la mayor parte españolas, puesto que su voluntariado en la misión duraba varios meses. Estuve enseñándoles todo lo que pude durante varios días, comentando también mis observaciones y mi subjetivo diagnóstico sobre cada enfermo, con el fin de que tuvieran una idea de cuáles eran los puntos más necesarios para calmar su dolor o suavizar su proceso final. Algunos moribundos estaban tan extremadamente delgados que no había carne donde cogerse ni lugar donde masajear. Otros tenían toda una parte del cuerpo paralizada y encogida, con lo que se hacía realmente difícil moverlos o tratarlos de cualquier forma. Otras personas tenían ya su cerebro tan dañado que parecían insensibles a cualquier cosa o palabra y desvariaban sin cesar. Algunos terminales estaban tan tensos y contracturados que, tuvieran la enfermedad que tuvieran, lo prioritario vimos que era relajarlos y conseguir al menos un estado de paz y de aceptación de su agonía.

En los seres acogidos en Kaligat, el punto final de las vidas estaba llegando sin remedio y de una forma rápida y evidente, así que mi improvisada alumna del primer día tuvo que retirarse varios momentos para llorar y manifestar su joven compasión. Desde que toqué al primer enfermo tuve que quitarme los guantes de inmediato puesto que no tenía ni tacto ni sensibilidad, ni tampoco percepción, con lo que la fuerza del Amor me parecía que no fluía como debía. Así que trabajé todo el tiempo y cada día sin guantes ni mascarilla; a pesar de ser la mayor parte infecciosos en alto grado, supe que mi cuerpo no se contagiaría de ninguno de los extraños virus con los que aquellos seres convivían. Varios voluntarios (en especial los americanos, pero jamás las monjas) insistían en que me protegiera, pero lo único que pude hacer fue lavarme las manos continuamente entre un enfermo y otro. Sentía muy claramente que mis caricias y mis cuidados terapéuticos no eran los mismos con las protecciones sintéticas occidentales.

Los centros de la Madre Teresa en Calcuta no son hospitales sino simples caserones o fábricas viejas donadas a la misión, que las hermanas adecentaron y desinfectan cada día para poder atender a los más pobres y enfermos que ellas mismas encuentran en la calle, siempre que no tengan ningún familiar ni medios para alimentarse. En mis prácticas terapéuticas, siempre insuficientes y frustrantes, me sentí muy afortunada porque no tuve que limpiar las múltiples secreciones que emanaban por todas partes; tan solo tenía que sortearlas y mirar de no pisar los riachuelos de orina que desembocaban al final de la gran sala de camastros, donde desaparecía por un agujero. De la cruda limpieza se ocupaban

algunas 'masis', mujeres indias cuyo sueldo pagaban las monjas, y también lo hacían algunas colaboradoras internacionales, en especial las japonesas. Por todas ellas yo sentía un gran respeto y admiración. A pesar de la dureza de la situación, mi trabajo terapéutico o paliativo me pareció un verdadero privilegio al lado del suyo.

Traje de mi consultorio de mi ciudad natal más de cien filtros de geometría y color, arquetipos Geocrom preseleccionados previamente, y pensados para colgar alrededor del cuello sobre el timo, el regulador de las emociones. Desde luego estaba claro que era una ayuda muy suave para su grave estado de salud, sin embargo, después de chequear cuál era el mejor filtro para cada enfermo, resultó ser una gran idea ponérselo y regalárselo a cada uno puesto que, en su extrema pobreza, aquellos indios creo que no habían recibido jamás un regalo. Al cabo de media hora de empezar a colocar filtros en el cuello a varias pacientes de Kaligat y personas de limpieza, tenía ya una cola considerable de mujeres, las que aún podían andar, para que les diera a ellas también aquel extraño objeto que, desde luego, más que un medicamento les debió parecer un escapulario; algo vieron de sagrado en aquellos filtros. Al colocárselo y ajustarlo a su medida, todas y cada una de ellas juntaban sus manos en el pecho, inclinaban la cabeza y me decían: namasté.

Esa dinámica, con sutiles diferencias según el tipo de enfermos y las edades (con los niños minusválidos fue bastante distinto) es la que experimenté durante los pocos días de mi voluntariado en los diferentes centros de acogida humanitaria de las hermanas de la caridad, edificios repartidos por diferentes barrios de Calcuta muy alejados entre ellos. Se trata de una ciudad de catorce millones de habitantes, cuatro veces más grande que Barcelona, la metrópolis más desorganizada, caótica y sucia que actualmente existe en el mundo. Debido en parte a la enorme inmigración de la gente procedente del campo que se traslada a la ciudad y no va más allá de la estación o de sus alrededores, Calcuta ha generado zonas increíblemente saturadas de población que se amontona en chabolas o viven y duermen en la calle. Apenas existe el censo, el control de natalidad, ni el urbanismo, ni la limpieza municipal, ni hay papeleras ni contenedores (los más pobres los usarían inmediatamente de vivienda!) ni ellos tienen el más mínimo conocimiento sobre higiene, al menos del concepto higiénico occidental conocido.

Los enormes montones de basura, junto con millares de cuervos y ratas, conviven con los seres humanos que deciden seguir viviendo en Calcuta. En realidad no existen palabras en ningún diccionario para expresar la increíble suciedad, la ausencia total del sentido de la higiene de sus habitantes, ni palabras que describan el alto grado de polución extrema de esta ciudad, un lugar de nuestro mundo. Solo hay cuervos y más cuervos, en todas partes hay montones y montones de basura, y todos los niños, las mujeres y los cuervos buscan y rebuscan entre aquellos restos para poder subsistir.

A lo que voy sin embargo es a intentar expresar la razón de tanta enfermedad. Si Calcuta, el gobierno indio, o su ayuntamiento, no pone de una vez por todas una solución radical al asunto de la higiene de la propia ciudad, los millares y millares de pobres que viven en ella, necesariamente seguirán enfermando y muriendo a diario de infecciones de todo tipo y de inanición. Sé que el principal problema es que esas gentes no tienen trabajo ni posibilidad de tenerlo. Simplemente en Calcuta no hay trabajo para 14 millones de seres.

No hablo tampoco de las mafias, muy numerosas y extendidas (que afectan también a los niños) ni del asunto de las castas y las clases sociales tan arraigadas en su cultura, ni digo nada ya del control del tráfico y del control técnico de los motores de cada vehículo público o privado; ni hablo del clima extremadamente húmedo que favorece la proliferación de gérmenes, ni de la extensa red de prostitución y de los macarras que la dirigen; tal solo hablo de la higiene básica, mínima, coherente y proporcionada a la realidad de esta población.

Cualquier persona que pudiera observar y vivir tan solo siete días en las calles de Calcuta, aunque luego durmiera cómodamente en un hotel cada noche, sería para ella una experiencia fuera de este mundo. Todo es registrado en nuestro interior de un modo *no cultural*. Calcuta no es necesariamente diferente de Nueva York, aunque lo sea desde el punto de vista cultural, no lo es desde el punto de vista humano. Estar en Calcuta representa realizar inevitablemente un master emocional, un master en humanidad, en compasión, una prueba de paciencia, de impotencia, de contención, de humildad, de entrega. Y realizar cualquier tipo de voluntariado en la misión de la Madre Teresa, también.

El segundo día de mi estancia quise visitar y colaborar en el centro de acogida de las personas tuberculosas y enfermas mentales, llamado Prendam, del que habría varias experiencias interesantes a comentar. A la mañana siguiente trabajé en el centro Dayadam que acoge a los niños discapacitados, una experiencia desde luego inolvidable y conmovedora. Sin embargo por la tarde y el siguiente día quise volver a colaborar en Kaligat, el lugar que acoge a los hombres y mujeres de todas las edades que les queda muy poco tiempo de vida y por los que yo sentía una especial atracción. El centro llamado Sishubaba, donde están los niños recogidos, ya curados, recuperados y dispuestos para la adopción, no quise ir. Esa fue una decisión voluntaria desde el principio porque... me conozco, y sé que este no es un buen momento de mi vida para tener otro hijo.

Cuando un atardecer llegué exhausta al hotel, por cierto, otro lugar que encontré el segundo día en mejores condiciones y enfrente mismo de la Mother House, de repente vino una voluntaria española a decirme que la sister Carina, la que coordina todo el voluntariado internacional, me estaba buscando para que yo visitara y tratara a dos hermanas de la congregación que no se encontraban bien, una con asma y otra con un dolor de huesos importante. Fui de inmediato al centro y quedamos que durante la mañana siguiente las trataría después de la misa matutina. Aquel nuevo día decidí dedicarlo por entero a las hermanas, a observar el funcionamiento interno de la misión y, si tenía tiempo, a la meditación.

Fue muy interesante visitarlas porque por primera vez pude escuchar síntomas y charlar con la paciente, algo que no podía hacer con los hindúes acogidos, puesto que hablaban en bengalí, lo cual representaba un verdadero reto, el realizar un tratamiento 'adecuado' sin saber siquiera de lo que padecían. Pero sobretodo fue interesante porque las sisters de la Madre Teresa poseen una paz interior y una ausencia de pasión, un equilibrio y una paciencia fuera de lo común. Son justo lo contrario de las personas hipocondríacas.

Durante todos y cada uno de los días de mi estancia pude constatar que esas personas están totalmente entregadas a la oración y al silencio. Jamás dejan de trabajar (posiblemente sería una aberración en un país tan desestructurado como este) pero entre tarea y tarea, las ves que entran en la sala grande, que hace las funciones de capilla, aunque lleven un trapo colgando o una escoba, y rezan durante unos minutos en total concentración y devoción, o se congregan en pequeños grupos improvisados y cantan deliciosas melodías que, desde luego, transportan a cualquiera al estado de meditación o de acercamiento a la divinidad, la concibas como la concibas.

Ese contacto continuo con la fuerza de la paz y del amor, creo que es lo que les hace vivir la vida entera, sus dolencias personales, las circunstancias del lugar, el inmenso trabajo diario, la pobreza, tanto la de ellas como la de "ellos", la tristeza, el dolor ajeno... desde un "lugar" privilegiado (no encuentro otra palabra), lo viven sin identificación con las circunstancias externas, con ecuanimidad y con plenitud.

En mi corta estancia tan solo pude realizar dos tratamientos de acupuntura y de Geocromoterapia a cada monja, con una separación de cuatro días entre uno y otro, lo

cual no era suficiente desde luego para curar un asma, el de la sister Joana, una mujer mayor indú que resultó ser una de las cuatro directoras del consejo mayor que llevan la Misión a nivel internacional, ni para curar una artrosis muy severa, la de la hermana más joven peruana. No obstante fue un encuentro muy enriquecedor para las tres; al menos para mi fue un regalo, como todo lo que recibí de Calcuta. Y fue un privilegio tratarlas, entre otras cosas, por el simple hecho de que confiaran en mí sin conocerme de nada, ya que por aquella casa pasan a diario docenas de personas distintas procedentes de todos los continentes. También sentí sutilmente que Dios me había dado esa responsabilidad y ese honor por algo que ocurrirá en un futuro, aunque eso aún no sé de qué va.

Tal vez lo que más me impactó de aquella gran realidad creada por esa extraordinaria mujer polaca, la Madre Teresa, es su incansable empeño en recuperar la Dignidad de cada ser humano. Estaba claro que este gran trabajo tan solo puede hacerse desde el amor y la compasión; por supuesto que a nosotros, los voluntarios que venimos de cualquier parte a secundar a la Madre, también se nos mueve esa gran energía y nos amplifica la capacidad de servicio; pero lo más importante y aleccionador es poder ver, en un escenario único y contundente, que la Dignidad del ser, el derecho a existir dignamente, es algo básico, elemental y prioritario ante cualquier condición social o enfoque vital o cultural.

Trabajar con los pobres y desvalidos, ahora alimentados, limpios, dignificados y psicológicamente arropados en estas casas, es verdaderamente una experiencia humana y espiritual sin precedentes. No cabe ninguna crítica ni se necesita para nada tu opinión. Nada es mental; incluso no cabe ni siquiera el sentimentalismo; tan solo se trata de recuperar como puedas la dignidad de cada ser de luz que tienes enfrente.

El espectáculo de escasez, de sufrimiento y de insalubridad es constante, multi-panorámico y desolador sin lugar a dudas pero, el mirar a los ojos de cada persona, entrar en su interior, en la privacidad de su alma, es lo que a uno le hace sentir su dignidad como espíritu, la legitimidad de su alma y de su proceso. Su mirada profunda (algunas de ellas jamás se me olvidarán) emana la amorosidad propia de cada uno, su dios interno; y... provenga esa persona de la prostitución, de la delincuencia, de la drogadicción, del dolor, la invalidez, la depauperación o de cualquier otra realidad que nosotros llamamos "indeseable", o incluso negativa, su espíritu está allí presente y reclama ser reconocido, respetado y dignificado.

El 85 % de la humanidad vive en esas circunstancias; es decir, solo un 15 % de espíritus de la Tierra vive y se expresa como lo hacemos nosotros. Las circunstancias en las que nacieron o fueron educados esas gentes, el país, su política o sus recursos, no nos excusan a los capitalistas para ignorar su dignidad genuina. Todo hombre, mujer o niño tiene derecho a la alimentación, a la higiene, a un espacio íntimo y propio; todo ser humano tiene derecho a trabajar y a ganarse el pan, a ser atendido cuando cae enfermo, a recibir una caricia o una palabra de consuelo; todo ser vivo tiene derecho al amor y al respeto. La dignidad humana nada tiene que ver con su economía o estirpe de procedencia sino con su propio espíritu, con nuestro espíritu... puesto que él eres tú.

Sé perfectamente que en todas partes y en especial en todas las ciudades del mundo existen muchas personas que no viven dignamente ni se les respeta, sin embargo en Calcuta hay infinidad de personas que ellos mismos ya se creen indignos e inferiores, o que los demás (en especial los mafiosos que los utilizan para ganarse la vida ellos) no los respetan. Allí eso es tan palpable que llega a los extremos inhumanos, unos límites que jamás he visto en mis viajes ni en mis estudios antropológicos. En todas partes existen indigentes, pero no en las grandes cantidades que hay en India y muy en especial en Calcuta, el basurero del mundo, la ciudad de los cuervos. Lo triste y sorprendente es que

ellos aceptan benévolamente su pobreza. Y esta extraña resignación de esas gentes es lo que rebota a muchos occidentales, no nos cabe en nuestra mente.

En los primeros viajes a India creí que la aceptación humilde de su pobreza paupérrima se debía a una cuestión mística, era para purificar su karma, para prepararse para una nueva encarnación, que desde luego sería mucho mejor porque peor no era posible...), o para merecer el cielo (en términos más católicos). Hoy ya no estoy segura de eso. Si a cualquier indigente le das 1000 rupias o le proporcionas una casita o un trabajo sencillo remunerado, estoy segura que lo agradecería infinitamente y no lo rechazaría, a pesar de su religión o su casta de procedencia. Su propio sentido de la dignidad haría que lo aceptase, para su bien y el bien de su familia. Más que una cuestión mística, que tal vez antiguamente fuera válida, no lo dudo, hoy es una cuestión política, social y cultural. El arraigado sistema de castas y las redes de mafia que las explotan, es básicamente lo que perpetúa día tras día la indigencia en la India. Así que es básicamente un problema de educación, de humanidad, de caridad, de sentido de la fraternidad y de ética por parte de quienes explotan a esos seres y sobre todo de los gobernantes.

Un día di algunas rupias a una niña de 6 años que se me pegó a las faldas y me persiguió durante un buen trecho de calle, como muchos otros niños cada día. Poco más tarde pude constatar que esa niña le daba toda la caridad que recogía en la acera al dueño del restaurante (un pequeño chiringuito), su jefe mafioso. Este hombre, como mucho, al final del día, según si le parecía suficiente la cantidad que le había traído la chiquilla, como mucho le daba un plato de sopa aguada o un simple trozo de chapati. Eso es constante en todas y cada una de las esquinas, y ocurre a todas las escalas; es realmente espeluznante la naturalidad con que se acepta esta red de mafia en toda la India y más triste es aún la 'impotencia' total por parte de los pobres. En una película que vi hace años, La Ciudad de la Alegría, eso queda muy bien plasmado y expresado.

Al cabo de unos días, estuve reflexionando sobre aquel extraño viaje al país más desconcertante del mundo. La pregunta es ¿qué estoy haciendo yo sola en la India? A mí nunca me ha gustado viajar sola; me encanta compartir todas esas experiencias, y en ese caso tan insólitas. ¿Qué me movió a venir aquí?. Fue algo así como una llamada de la madre Teresa. Estoy a más de la mitad de mi estancia aquí y aún no sé muy bien que ha sucedido en mi interior. Parece que estoy absorbiendo e integrando todo lo que mi mirada capta del exterior, de los pobres, de los enfermos que he visitado, de las hermanas de la caridad, de los voluntarios, de la multitud de la calle, de los miles de niños que trabajan para los mayores pidiendo limosna. Absorbo realmente mucho de la intensa y reconcentrada información que me llega del exterior... pero ¿qué ocurre en mi interior? ¿siento "pena" por toda la situación del país? ¿por cada uno de los desvalidos que he acariciado o reconfortado? ¿siento indignación con los gobernantes de esta tierra? ¿siento la misma soledad interna y externa que antes de venir? ¿qué ocurre con el eterno problema de la muerte de mi madre?

En realidad Calcuta me ha dejado sin palabras. Incluso noto que este diario me cuesta mucho escribirlo, en comparación con otros diarios, crónicas de mis viajes, vivencias o estudios. La pobreza, ahora observada y sentida hasta el límite, me ha dejado muda. No siento ni siquiera pena. Pero tal vez me ha silenciado y conmocionado mucho más (porque el problema del país ya lo conocía de los tres viajes anteriores) ver el gran movimiento de caridad y de amor hacia ser humano de aquella extraordinaria mujer, la Madre Teresa, y ver también ese maravilloso apoyo mundial que realizan las docenas de voluntarios que vienen a diario a trabajar duro en la Misión.

Sobran las palabras. Hoy no puedo hablar ni escribir.

Sobran también los traumas de infancia, el supuesto trauma que yo arrastro porque 'una madre murió, hace 35 años, y dejó a dos adolescentes solas. Aquí todo el mundo está solo, o no tiene madre, ni padre, o están desahuciados o sus hijos están solos y vacíos por la húmeda calle.

El pasado, mi pasado, no existe. Hace ya treinta y cinco años que aquella mujer que fue mi madre, no existe, no forma parte de mi vida. Ni mis dos ex-maridos tampoco. Ni nadie. Mi pasado nada tiene que ver con mi presente. Lo que ocurrió, ya no está ocurriendo. Ahora ocurren otras cosas.

Sentir nostalgia por la protección y la admiración de la madre, de los amantes, me interfiere y me impide vivir el presente en plenitud. El recuerdo del pasado... modifica el presente. En realidad es una cuestión de libertad; de liberación de condicionantes. Los recuerdos intervienen y modifican demasiado el presente vivencial.

Algo ha ocurrido aquí en India con mis emociones. La ausencia de palabras que siento, también lo puedo sentir como una ausencia de pasión o de emociones.

Ahora mismo estoy en Daargeling, al pie del Himalaya, en un viejo hotel colonial magnífico. Debería estar emocionada, pero no lo estoy. Me siento neutra, en paz, absorbiendo y viviendo todo muy profundamente pero sin pasiones, ni tampoco ilusión ni emocionalidad. En realidad me da igual estar aquí que en otra parte. No deseo volver, no deseo quedarme, no deseo otro lugar, no deseo a nadie, no deseo nada. Simplemente estoy y soy.

No obstante, la realidad aparente es que estoy en el monte Himalaya, a casi tres mil metros de altura, y al fin puedo respirar y desintoxicarme de Calcuta, el lugar más polucionado del mundo. Allí todo era gasoil y humedad; tan tóxico era que dejé de fumar por completo, mi única válvula de escape emocional de mi vida. Mañana iré al monasterio budista de Kalu Rimpoché, en Sonada, a 15 km de aquí. Eso es todo. Iré y nada más. No hay una especial ilusión; y no hay tampoco expectativa.

Estoy sola y colgada en la cima del mundo, pero no me siento sola. Estar sola significa no poder compartir nada con nadie, por eso escribo tanto, pero no significa sentirse sola. Me siento parte de los pobres, que también los hay a miles aquí en Daargeling, parte de los enfermos y parte de sus emociones, me siento parte de los niños minusválidos, solitarios, sin padres, tristes, me siento incluso parte de los leprosos y de su magnífica organización de autosuficiencia, con sus telares, sus huertos, sus autocuraciones, lugar que también visité a las afueras de Calcuta antes de venir a este monte.

Me siento parte de mi hija y de su maravilloso estado de enamoramiento actual; me siento parte de mi hijo, que por fin tiene ganas de ser padre, me siento parte de mis pacientes de Barcelona, de cada uno de ellos y de cada sufrimiento ajeno, parte de mis amigos y amigas, que de pronto son muchos. Cuántas veces me he imaginado que están todos conmigo en este viaje y que compartimos las observaciones y sentimientos del país, que compartimos una experiencia inolvidable. Pero no están aquí; sin embargo, en mi alma sí que están. Siempre están.

Me siento acompañada por algo que realmente no está aquí pero que siento muy cerca. No hay tristeza, no hay aburrimiento, no hay melancolía. Pero de alguna forma tampoco hay alegría, ni apasionamiento, ni tensión, ni palabras, ni deseo. Detecto perpleja que por primera vez ha desaparecido el deseo en mí. De hecho, pasan las horas, una tras otra, siempre sola, y no deseo nada. Parece que ya lo tengo todo.

Decido el siguiente paso a realizar, siempre como una hipótesis, y me dejo llevar. Si la hipótesis es plausible, el proyecto se realiza, si no lo es, modifico el plan e improviso. Hace un par de días, tenía previsto hacer otro voluntariado médico en el centro de Shanti Dan, donde están recluidas y cuidadas las mujeres que la madre Teresa sacó de la cárcel

(la mayor parte, según dicen, dementes, prostitutas, delincuentes, enfermas del AIDS, etc.). Sin embargo, al terminar los dos tratamientos de acupuntura con las hermanas, me vino a la cabeza que no me podía ir sin antes visitar el gran recinto de los leprosos. Me olvidé al instante del plan que tenía y me busqué la vida para conseguir ir allí, a casi dos horas de la ciudad. Todo fluyó divinamente. El viaje de hoy a Daargeling, también, con su madrugón, el estrambótico avión hasta Bagdogra, miles de controles policiales en el aeropuerto (que en otra etapa de mi vida me hubieran saturado por completo) y el minibús de cinco horas enteras hasta lo alto de la montaña.

Es como si no existiera nada que me inmute. Pero no me siento indiferente, simplemente es que todo se encadena de una forma muy natural. Conforme todo fluye y se encadena, conforme desaparecen todas las expectativas por arte de magia, conforme asumo que no hay nada ni nadie que me espera, me voy quedando sin pensamientos y sin palabras.

Ya no tengo palabras. Todo transcurre igual sin mi mente, todo transcurre igual sin escribir, todo transcurre igual sin nadie a mi lado. No escribir es lo mismo que escribir. No pensar es igual a pensar. Estar sola y estar con alguien es lo mismo. ¿el universo quiere que escriba o que no haga nada? Ahora creo que a Dios le da lo mismo. No importa lo que haga, no tiene nada de particular cuidar enfermos o moribundos, como tampoco es importante pasear, o sentarse, o meditar. Parece todo neutro, sin color, sin emoción; todo ES y nada más.

Silencio

Silencio

Solitud

Ausenciadetodomovimiento

Paz

Llega el día de despedirme. El maestro zen Dogen Zenji, en su libro 'El Cercle Infinit', el único que me llevé a la India, dice: "debemos distinguir entre el sufrimiento egocéntrico, que es fundamentalmente neurótico, del sufrimiento con ausencia del Yo. Debido a nuestro apego a la idea de un Yo, es por lo que experimentamos el sufrimiento egocéntrico, el cual tiende a mantenernos inactivos, nos repliega en nosotros mismos y nos contrae en una especie de muerte. De otro modo, si soltamos el ego, experimentamos el sufrimiento con ausencia del yo, que, aunque todavía es sufrimiento (porque la vida es sufrimiento) es sin embargo activo, expansivo y dinámico. No es como la muerte, sino que está lleno de vida en crecimiento y expansión. Como que sentimos directamente el sufrimiento del mundo, nos expandimos para curarlo".

Tal vez eso es lo que me ha ocurrido en Calcuta. El gran sufrimiento ajeno y el mío propio, han perdido el protagonismo emocional usual, debido a que todo mi ser se ha dinamizado y expandido, en una posible ausencia de ego, hacia un necesario e irreversible desapego de mi yo. La compasión por cada enfermo, minusválido, moribundo o marginado, ha conseguido ausentar mi yo, mis ideas, mis palabras o juicios, y tan solo han estado presentes las "acciones" y la ayuda que mi ser podía ofrecer, aquel día en concreto, para paliar el sufrimiento y la agonía ajena.

A pesar de que reconozco que yo soy un verdadero tanque y soporto muy bien los estragos de la vida, a pesar de mi resiliencia, mi sensibilidad extrema no deja de estar presente en los momentos duros. No se trata de que en Calcuta me haya curtido, o me haya desensibilizado sino que, por el contrario, al sentir de una forma tan extrema el dolor, la soledad y la impotencia de estos seres que experimentan la pobreza y la ausencia total de salud, todo mi anhelo ha sido hacer algo para compensarlo.

Lo interesante fue que eso surgió de un forma automática mientras estaba allí, y solo ahora en Daargeling, tres días después de vivir la experiencia, he podido darme cuenta y verbalizar ese mecanismo de mi alma, esa ausencia misteriosa de ego, un relajo tal vez, ese aumento de compasión y de compartir su dolor, a la vez que ignoraba mágicamente el mío. Eso fue algo muy milagroso; me olvidé por completo de mis sufrimientos.

Creo que eso es lo que les pasa a la mayoría de voluntarios que van a la Mother House. El anhelo inicial, el motor que ha movido a todas esas maravillosas personas del mundo a colaborar en la misión de caridad, es precisamente ayudar, paliar, colaborar, compartir, es decir, un sentimiento fraternal que es, creo, el más cercano a la idea de Un Cuerpo Único, del pensamiento budista (y también del cristiano). Es decir, yo soy tú, todos somos parte de un mismo Todo, todos los seres somos igual, ama a tu hermano como a ti mismo, etc. Todas las religiones y filosofías acaban resumiendo sus ideas en tan solo dos: paz y amor. Que también pueden fundirse en una sola energía: la Unión, el cuerpo único, la unificación de todos los seres sin excepción.

Lo que hacemos en Calcuta es 'unirnos' al proyecto humanitario de la Madre Teresa, unirnos a la realidad de la pobreza, solidarizarnos con la situación médica y psicológica de cada persona acogida. Unimos nuestra alma a la suya cuando tomamos suavemente la mano de cada niño enfermo, de cada mujer tuberculosa y agónica, todo piel y huesos, cuando acariciamos las mejillas de cada anciano moribundo y solitario.

No cabe llorar. No cabe la crítica. No caben las palabras.

Esa energía de la Unión, la Compasión y el Amor sin condicionantes y el Amor a todo ser, es realmente muy fuerte, tiene una carga muy alta; a la vez, es una energía muy sutil. Es una fuerza que no todo ser humano es capaz de soportar. Por eso pensaba una y otra vez que ir a esta misión es como hacer un master.

Si soportas esa vibración de tanto amor, de tanta entrega, de tanto servicio y de tanta solidaridad, es que ya eres capaz de comprender cualquier cosa que ocurra en el mundo, que ya eres potencialmente capaz de amarlo todo. De sentir compasión por cada ente, por cada proceso, y entregar tu servicio, tu ser, a la divinidad, a la creación.

No para servir a Dios, tampoco a una religión, más o menos esotérica... tu servicio es a los hombres, a las mujeres y a los niños, de cualquier condición, raza o estado de salud. Y no hay excepciones. Es amar al mundo. Es fomentar cada día la dignidad de cada ser. Es reconocer a Dios en el otro.

La paradoja es que, al hacerlo, al sentirlo, reconoces a Dios también en ti.

Y entonces el tiempo se detiene.

Marta Povo, 2004
www.martapovo.es
www.csisjardin.com